



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9353

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

MARTES 3 DE ENERO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Gaumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CLOZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTIAS

Capital social efectivo...	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....		40.697.980
Total.....		52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1861, de su fundación, la suma de pesetas 48.801.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Toro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera. Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas reducidas que cualquiera otra Compañía.

LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SUSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGITIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andrés, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Canasate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Fagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza de Sevillanos; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Moreria baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Quillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Eliano, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Ray 8; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefina Lucí, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

ANTIGÜEDADES

Se compran, y con preferencia, alfombras, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 10.

M. MONTAÑAN
MODISTA

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, hornos para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredor.

ESTUFAS de mármol, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL. —Puerta de Murcia.

APUNTES

para una investigación filosófica de nuestra decadencia política (1)

IV.

Este intinarismo vituperable de escribir la historia tomando la letra y el espíritu de otras historias más antiguas, el vicio, arraigado en muchos historiadores y oradores, de no descubrir por cuenta propia, han traído consigo la eterna muletilla, usada en nuestros más vulgares discursos de historia y puesta con frecuencia en boca de personajes apa-

(1) Para evitar que algunos críticos malos intencionalados tomen pie de algunos errores de caja para censurar mis artículos, pongo aquí en nota los más salientes de los dos últimos:

Artículo II, segunda columna, línea segunda. Dice Thierid-Lauren y debe decir Thiers, Laurent.

Artículo II, primera columna, última línea. Dice Gustavo Le Rou y debe decir «Gustavo Le Bon».

Id., id., segunda id., línea 30. Dice sostiene y debe decir: contiene.

Id., id., segunda id., línea 60. Dice ontológica y debe decir: ontológica.

Id., id., segunda id., línea 80. Dice Antar y debe decir: Antar.

Id., id., segunda id., línea 86. Dice italia y debe decir: Sicilia.

rentemente ilustrados, de que la invasión árabe fue una invasión bárbara, y la de que gracias á Carlos Martel, que detuvo á Almanzor en Aquisgram, no se extendió esta barbarie por toda Europa. Torcido modo de interpretar la historia es este. Así se enseña en nuestros Institutos y Universidades, y así salen luego nuestros padres de la patria, doctores en ciencias y en leyes, muy satisfechos con sus títulos en el bolsillo y un farrago de rutinarios en la cabeza. Hay honrosas excepciones; pero muy contadas.

Aun suponiendo que el pueblo árabe hubiese sido una horda de salvajes ¿qué civilización podían destruir en Europa? ¿Había aquí civilización acaso? Estábamos en plena época feudal. No había en este continente sino señores de horca y cuchillo, ignorantes hasta dejárselo de sobra; esclavos embrutecidos con el nombre de siervos y algunas órdenes de frailes fanáticos que comenzaban á fundarse por aquella época. En artes estábamos á oscuras, reducidos á las trovos de unos cuantos bardos andariegos, cuyas coplas bárbaras y acomodaticias no podemos considerar como poesía. La verdadera poesía trovadoresca no vino hasta muchos años después, con los provenzales en Francia y Cataluña y en Castilla con Maclas, Jorge Manrique y Juan de Mena, y otros

Estábamos precisamente en la segunda época de la barbarie: en la más repugnante; porque, si bien siempre ha habido y seguirá habiendo en la humanidad opresores y oprimidos, nunca como en esa época de la edad media, se ha exagerado tanto esa injusticia social. ¿Qué civilización iban á destruir los árabes? No hay sino fijarse un poco en el cuadro que presentaba en aquella época la Europa, y que no he de trasladar á mis artículos, para comprender que, ante la irrupción de una raza bárbara, solo cabía la lucha de una barbarie contra otra barbarie; ante la irrupción de un pueblo en cierto modo ilustrado solo cabía la dominación de la barbarie por la cultura, el florecimiento de una nación harto atrasada, florecimiento impuesto por la fuerza de las armas. Sin embargo, todavía sigue Pelayo siendo el salvador de España, el héroe de Covadonga.

Solo un patriotismo falso y mal entendido puede llevar á tamañas interpretaciones torcidas de los acontecimientos históricos. Pensar así no es patriotismo. ¿Era más legítimo el

Id., id., tercera id., línea primera. Dice Bonora y debe decir: Bassora.

Id., id., tercera id., línea cuarta. Dice Habram-Al-Raschid y debe decir: Harum-Al-Raschid.

Id., id., tercera id., línea sexta. Dice Schoherezada y debe decir: Scheherezada.

Id., id., tercera id., línea 44. Dice Abbas y debe decir: Abbas.

Id., id., tercera id., línea 45. Dice Abbaridas y debe decir: Abbasidas.

Id., id., cuarta id., líneas 4 y 5. Dice invasión de muchos padres, y debe decir: invasión de muchos países.

Id., id., cuarta id., línea última. Dice en cuando Dios quiera y debe decir: cuando Dios quería.

dominio de los godos en España que el de los árabes? Si intrusos eran los segundios, intrusos eran los primeros. La verdadera raza española, la raza celtibera, había desaparecido refundiéndose en sangre fenicia, sangre cartaginesa, sangre romana y sangre goda. En aquella sazón los españoles eran godos y tenían razón en oponerse á la invasión árabe y en adorar á Pelayo, el primer reconquistador... Pero ¿qué seguimos nosotros siendo godos? Después de setecientos años de dominación musulmana ¿quién se atreverá á afirmar que no corre en sus venas tanta sangre árabe por lo menos como goda? Infero de esta verdad innegable, que ya es hora de que vayamos haciéndonos cargo de que igualmente son antepasados nuestros los discípulos de Mahoma y los descendientes de Alarico y no tenemos por qué considerar á unos como salvadores de la patria y como enemigos de ella á los otros. Para abominar de los árabes, debíamos abominar también de los godos, cartagineses, romanos y fenicios; es decir, abominar de nosotros mismos, porque precisamente lo que menos queda en nuestras venas es sangre indígena.

Al llegar aquí véome obligado á declarar que no son la rutina ni la falsificación inconsciente del patriotismo retrospectivo, las causas únicas de este modo de apreciar los hechos históricos, que he señalado como vicio heredado. Otra causa, tal vez la principal, es la diferencia de religión entre los conquistadores y los reconquistadores. Hagámonos cuenta de que era la cruz cristiana la que combatía contra la media luna y España el campo de batalla. Hubiesen vencido definitivamente los árabes y hoy seríamos musulmanes y consideraríamos á los cristianos como nuestros enemigos históricos. ¿Es seria esta manera de escribir la historia? ¿Ha de estar sujeta el historiador á los prejuicios y prevenciones religiosas? ¿Para que están pues los libros de teología, de filosofía y de controversia religiosa? La historia debe ser historia; no torcer, ni falsificar por espíritu de escuela. En la religión no debe entrometerse, sino en cuanto la religión es un factor importantísimo en la historia de la humanidad; pero el historiador no debe mostrarse apasionado hasta el extremo de hacer mangas y capirotes de las religiones enemigas y hasta el no menos notable de llamar bárbaros á los que no lo son, presentándonos las cosas al revés precisamente de lo que fueron. La historia debe ser exclusivamente objetivo. El autor, como si fuese un ser superior, debe elevarse sobre la miseria de las diferencias teóricas y etnológicas y mirar todas las religiones como otros tantos factores aislados que concurren al desarrollo ulterior de los hechos, ni más ni menos.

Además, cuando Fernando é Isabel entraron en Granada y espulsaron á los mahometanos, no fueron precisamente los árabes los espulsados, sino diversas razas moriscas que habían venido suplantando á los hijos directos del Profeta en la dominación de una parte de

España. Los árabes, como nación civilizada, habían muerto ya y sus aislados elementos se habían ido fundiendo poco á poco con los elementos cristianos de España. Eran nuestros padres legítimos, tan legítimos como los descendientes de Pelayo. ¿Por qué hoy no nos volvemos contra ellos y nos regocijamos de que Carlos Martel detuviera la invasión en el sur de Francia, cuando no era el salvajismo el que se arrojaba sobre nosotros, sino la naciente cultura que se nos entra ba por las puertas para civilizarlos?

Si se exceptúan los pocos y ruinosos restos que de las artes romanas conservamos en España, todos nuestros monumentos los debemos á los árabes; pues aunque existan aun en nuestras catedrales huellas y rasgos del arte pesado, rudimentario y tosco de los godos, este arte estaba como supeditado á las reformas plásticas del pueblo musulmán, el cual, siguiendo su invariable sistema, se apoderó, como hacía en todas partes, de la arquitectura recién nacida de los godos para pulirla, acopillarla, este icisarla (si se me permite el neologismo) y formar así, en unión con los elementos tomados á los bizantinos, jónicos y dorios, esa arte esbelta, afiligranada, primorosa que distingue la escuela árabe, en la época de su engrandecimiento, de todas las demás escuelas arquitectónicas.

En Burgos, en Tarragona, en Toledo, en Sevilla y aun en Valencia puede estudiarse esta manera ingeniosa de formar un modo de escultura y arquitectura. De la Alhambra y de la Mezquita de Córdoba no hablemos. Esas maravillas de la arquitectura, aunque existiesen solas, bastarían para acreditar á los árabes de espíritus finos, delicados, modelos de buen gusto y de intuición plástica.

En ciencias, si los árabes por sí mismos no estaban muy adelantados, en cambio nos trajeron á los judíos, de quienes tomaron los reyes cristianos sus médicos, sus tesoreros y con citar los nombres de Avicena, Avenpápe, Averroes y Maimonides, mal estudiados aun en España, pues hemos necesitado que viniesen los alemanes á darnos á conocer el mérito de estas lecciones españolas, quedarán convencidos de la verdad de mis afirmaciones. Spinoza es más conocido, como primer filósofo defensor del moderno panteísmo, y era también judío.

De la poesía no habiemos. No teníamos poesía y los árabes y los judíos nos la dieron. La ciencia política no había nacido aun en España, ni hubo lo que se puede llamar legislación hasta que Alfonso el Sabio dejó terminadas las partidas con ayuda de sabios judíos...

Yo creo que dejó probado hasta la saciedad que los árabes, en todos los ramos científicos y artísticos, trajeron á España una cultura que no había. Pero si parecieran deficientes estos argumentos y pruebas evidentes, entréndonos luego en la historia, podría citarse mil hechos que demostrarían la superioridad de inteligencia, de organización y de buen sentido moral de los árabes.